

# San Carlos Borromeo arzobispo y cardenal

PARA COMPRENDER UN PERSONAJE ES necesario encuadrarlo en su época. Nuestro santo vivió el período del Renacimiento y la revolución protestante. En el primero los hombres se interesaron en el estudio de los autores antiguos. En las bibliotecas monásticas se buscaban los manuscritos de los escritores clásicos. El interés por el hombre se llamó *humanismo*. Aunque algunos humanistas conservaron los valores evangélicos, muchos se impregnaron del paganismo de los autores clásicos.



San Carlos  
Borromeo

En el siglo XVI Martín Lutero, monje agustino alemán, inició la insurrección protestante, rompiendo con la Iglesia católica; no por la corrupción de la Iglesia como creen muchos, sino porque consideró que la Iglesia se había alejado de la Palabra de Dios.

San Carlos, cuyo nombre significa “hombre prudente”, ha sido uno de los santos extraordinarios a favor de la Iglesia y del pueblo que admirablemente sobresale por su ardor apostólico y caridad heroica.

Carlos Borromeo nació en 1538 en Arona, cerca del Lago Mayor (Lombardía) al norte de Italia. Tomó muy en serio la frase evangélica: “Quien ahorra su vida, la pierde, pero el que gasta su vida por Mí, la ganará” (Mt 16,25). Murió a los 46 años porque desgastó totalmente su vida y sus energías por hacer progresar la religión y por ayudar a los más necesitados. Decía que “un obispo demasiado cuidadoso de su salud no llega a ser santo y que a todo sacerdote y a todo apóstol deben sobrarle trabajos para hacer, en vez de tener tiempo de sobra para perder”.

Su profesor de Derecho, al darle la borla de Doctor, había dicho: “Carlos hará grandes cosas y brillará como una estrella en la Iglesia”. No se equivocó.

Carlos llegó a ser el primer Secretario de Estado. Jamás el nepotismo había tenido un acierto semejante.

Su padre el conde Gilberto Borromeo, que tenía un palacio en Milán y una hacienda junto al Lago Mayor, se distinguió por su talento y sus virtudes.

Su madre Margarita, pertenecía a la noble rama milanesa de los Médici. Un hermano menor de su madre, el cardenal Juan Ángel Médici, llegó a la sede de Pedro con el nombre de Pío IV.

Desde los primeros años Carlos dio muestras de gran seriedad y devoción. A los 12 años, recibió la tonsura y su tío, Julio César Borromeo, le cedió la rica abadía de San Gracián y San Felino, en Arona, que desde tiempo atrás estaba en manos de la familia. Pero Carlos recordó a su padre que las rentas de ese beneficio pertenecían a los pobres y no podían ser aplicadas a gastos seculares, salvo en lo que se empleara en educarlo para ser un digno eclesiástico. El joven estudió latín en Milán y luego se trasladó a la Universidad de Pavia. Carlos no tenía facilidad de palabra y su inteligencia no era brillante. Sin embargo, a fuerza de tenacidad, hizo grandes progresos en los estudios. Por su piedad y seriedad de conducta era un modelo para

los jóvenes universitarios, entre los que había muchos viciosos. A los 22 años, cuando ya sus padres habían muerto, obtuvo el doctorado. Regresó a Milán, donde recibió la noticia de que su tío había sido elegido en el cónclave de 1559, como sucesor de Pedro, después de la muerte de Pablo IV, con el nombre de Pío IV.

En 1560 su tío lo nombró cardenal-diacono y después administrador de la sede vacante de Milán. Pero no lo dejó marchar, dándole numerosos cargos: legado de Bolonia, de la Romaña y de la Marca de Ancona, protector de Portugal, de los Países Bajos, de los cantones católicos de Suiza y además de las órdenes Franciscana, Carmelita y Caballeros de Malta, etc. Eso con sólo 22 años y tener sólo órdenes menores.

Muy amante del saber, lo promovió entre el clero para lo que fundó en el Vaticano una academia de clérigos y laicos. Aunque, según la costumbre, vivía en el palacio con numerosa servidumbre, vivía desprendido de esas cosas. Quería remediar los desórdenes en la diócesis de Milán pero el mandato del Papa lo retenía en Roma. Entonces fue a Roma el Venerable Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga (Portugal). Carlos le abrió su corazón comunicándole que ser el sobrino predilecto de un Papa lo obligaba a vivir en la corte romana con todos sus peligros. Pensaba retirarse a un monasterio. El arzobispo le aconsejó que esperara la oportunidad de gobernar personalmente su diócesis milanesa.

Pío IV, a raíz de su elección, había anunciado su intención de reanudar el Concilio de Trento, que se

había suspendido en 1552. Carlos movió toda su influencia y energía para su continuación. Pero sólo se reanudó en 1562. Durante los dos años que duró la sesión hubo peligro de disolución. Pero su gran habilidad y con el constante apoyo a los legados pontificios, obtuvieron que llegara hasta el fin. Fue en realidad el director intelectual y el espíritu rector de la tercera y última sesión del Concilio de Trento que concluyó en 1563.

Durante el Concilio murió el conde Federico Borromeo, jefe de la familia, al que debió suceder. Muchos pensaron que iba a abandonar el estado clerical y casarse. Pero Carlos renunció a sus derechos a favor de su tío Julio y se ordenó sacerdote en 1563. Dos meses más tarde recibió la ordenación episcopal, pero no se le permitió aún trasladarse a su diócesis.

Se le confió la publicación del Catecismo del Concilio de Trento y la reforma de los libros litúrgicos y de la música sagrada. Él encomendó a Palestrina la Misa del Papa Marcelo, una de las obras cimeras de la polifonía universal. La arquidiócesis de Milán, entre tanto, se hallaba en estado deplorable por haber estado ochenta años sin obispo residente. Desde Roma, Carlos había intentado reformar la diócesis con el auxilio de la recién fundada Orden de los jesuitas, pero sin éxito. Al fin el Papa le dio permiso para reunir un concilio provisional y visitar su diócesis milanesa.

Antes de partir el Papa lo nombró legado *a látere* para toda Italia. El pueblo milanés lo recibió con desbordante alegría y el santo predicó sobre el texto



Pío IV.

**San Carlos reunió  
cinco sínodos provinciales  
y once diocesanos.  
Sus visitas a las parroquias  
eran continuas.  
En su arquidiócesis de Milán  
fundó tres seminarios  
para otros tantos tipos de jóvenes,  
exigiendo las normas de formación  
sacerdotal del Concilio de Trento.**

evangélico de la Última Cena: “Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con ustedes.” (Jn. 13,1). Diez obispos sufragáneos participaron en el sínodo; que discutió acerca de la observancia de los decretos del Concilio de Trento (1545-1563), sobre la disciplina y formación del clero, la celebración de los oficios divinos, los sacramentos, la catequesis dominical, etc. El sínodo recibió la felicitación del Papa.

Cuando Carlos actuaba como legado de Toscana fue llamado a Roma para asistir a su tío, el Papa. También lo asistió San Felipe Neri, fundador del Oratorio. Tras la muerte de Pío IV le sucedió el dominico San Pío V, que rogó al santo se quedara en Roma un tiempo. Pero Carlos insistió tanto que el santo pontífice lo despidió con su bendición.

San Carlos llegó a Milán en 1556 y enseguida empezó a trabajar en la reforma de su diócesis. Empezó organizando su propia casa. La mayor parte de las pingües rentas diocesanas la dedicó a obras de caridad, desechando la ostentación y el lujo. Por el día se veía obligado a la púrpura cardenalicia pero de noche usaba sólo una sotana vieja, la misma en verano que en invierno. Vendió la vajilla de plata y otros objetos preciosos en 30 mil coronas, que destinó totalmente a socorrer a las familias necesitadas. Su limosnero debió repartir entre los pobres doscientas coronas mensuales, además de las numerosas limosnas extraordinarias. En liturgia era tan cuidadoso que nunca decía una oración o celebraba un sacramento apresuradamente, por grande que fuera su prisa o por larga que fuera la celebración.



Su espíritu de oración y su amor a Dios infundía en los demás el deseo de ser virtuosos.

La situación espiritual de la diócesis milanesa, como dijimos, era desastrosa. La ignorancia religiosa, la superstición, los abusos en las prácticas religiosas, el abandono de los sacramentos, muchos sacerdotes eran ignorantes y de mala vida. Los monasterios albergaban muchos monjes sin verdadera vocación que no cumplían la disciplina ni el espíritu monástico. Por medio de concilios provinciales, sínodos diocesanos y muchas instrucciones pastorales, San Carlos puso en práctica los decretos del concilio tridentino, a tal punto que fue un modelo para gran número de obispos de entonces y de todas las épocas. Sin duda San Carlos fue uno de los hombres providenciales que Dios envió a su Iglesia para remediar los desórdenes producidos por la decadencia espiritual de la Edad Media, el espíritu mundano del Renacimiento y los excesos de la revolución protestante. Supo sortear enormes dificultades que habrían desalentado a los más valientes. Superó, con perseverancia y atención su dificultad de palabra, pues tenía un defecto para articular la palabra.

San Carlos prestó especial interés a la instrucción cristiana de los niños. Además de obligar a los sacerdotes a la catequesis dominical y días de fiesta, instituyó la Cofradía de la Doctrina Cristiana, que llegó a tener 740 escuelas, 3mil catequistas y 40 mil alumnos. Fundó además seis seminarios para preparar sacerdotes capacitados y piadosos. Fue amigo de San Pío V o.p., San Francisco de Borja s.j., San Felipe Neri, San Félix de Cantalicio o.f.m. cap., San Andrés Avelino y varios santos más. San Carlos se valió especialmente de los clérigos regulares de San Pablo (barnabitas), cuyas constituciones él mismo había ayudado a revisar. En 1578 fundó una congregación de sacerdotes diocesanos llamados “Oblatos de San Ambrosio”. Hacían votos de simple obediencia a su obispo para las tareas pastorales. En el siglo xx Pío XI formó parte de esa congregación, que hoy se llama “Oblatos de San Ambrosio y San Carlos”.

Con todo, su obra reformadora encontró a veces una oposición violenta y sin escrúpulos. En 1578 tuvo problemas con el senado debido a haber dado órdenes de encarcelar a unos laicos de vida licenciosa que desoían sus exhortaciones. El alguacil episcopal fue golpeado y San Carlos lo excomulgó. La ley favoreció al santo pero el gobernador de Milán se negó a aceptar la decisión.

Por entonces San Carlos visitó tres valles alpinos donde la corrupción del clero era todavía mayor que la de los laicos. El santo predicó y catequizó por todas partes, reemplazó los clérigos indignos por otros capaces y piadosos que pudieran restaurar la fe y las

costumbres y resistir los ataques de los zwinglinianos (protestantes). Los canónigos de la colegiata de Santa María della Scala, rechazaron la visita canónica del arzobispo y le dieron con la puerta en las narices y alguien disparó contra la cruz que el santo había alzado con la mano. El senado apoyó a los canónigos rebeldes y acudió al rey Felipe II, porque la colegiata estaba bajo el patronato regio. El gobernador de Milán escribió al Papa amenazando con desterrar al cardenal Borromeo por traidor. Pero al fin el rey escribió al gobernador para que apoyara al arzobispo y los canónigos, después de breve resistencia, se sometieron.

Un sacerdote de la orden de los “humillados”, que querían hacer fracasar las reformas de San Carlos, aceptó matar al santo, aunque en realidad la bala sólo tocó sus ropas. Después de una solemne procesión en acción de gracias, el santo se retiró unos días a una Cartuja para consagrar de nuevo su vida a Dios.

Al salir de su retiro, visitó otra vez los tres valles de los Alpes y también recorrió los cantones suizos católicos, donde convirtió algunos zwinglinianos y restauró la disciplina en los monasterios. Dos años seguidos Milán perdió sus cosechas y hubo carestía. San Carlos pidió ayuda y durante tres meses dio de comer a 3 mil pobres con sus rentas. Después asistió al cónclave que eligió a Gregorio XIII, que también impulsó la Reforma católica. A su regreso de Roma entró en conflicto con el nuevo gobernador civil de Milán, don Luis de Requesens, que intentó reducir la jurisdicción social de la Iglesia y de enemistar al arzobispo con el rey. San Carlos no dudó en excomulgar al gobernador que, como venganza, envió un pelotón de soldados a patrullar las cercanías del palacio episcopal. Felipe II, con gran sensatez de monarca católico, destituyó a Requesens.

Estos triunfos públicos no son lo más importante para San Carlos sino la formación de un clero virtuoso y capaz. Cuando un sacerdote ejemplar se hallaba gravemente enfermo le criticaron que se ocupaba demasiado de él. El santo respondió: “Bien se ve que no saben lo que vale la vida de un buen sacerdote”. San Carlos reunió cinco sínodos provinciales y once diocesanos. Sus visitas a las parroquias eran continuas. En su arquidiócesis de Milán fundó tres seminarios para otros tantos tipos de jóvenes, exigiendo las normas de formación sacerdotal del Concilio de Trento. En 1575 fue a Roma a ganar la indulgencia del jubileo que instituyó en Milán al año siguiente. Multitud de peregrinos inundaron la ciudad, algunos contaminados con la peste, que se propagó en Milán con gran virulencia. El gobernador y muchos nobles huyeron. El santo se consagró totalmente al cuidado de los enfermos. Como su clero no bastaba para atender a

las víctimas, reunió a los superiores de las comunidades religiosas. Muchos se ofrecieron voluntarios y el santo los hospedó en su propia casa. Después escribió al gobernador acusándolo de cobarde y así logró que él y otros magistrados regresaran a sus puestos. Como el hospital de San Gregorio resultaba insuficiente el arzobispo pidió auxilio a los sacerdotes de los valles alpinos, pues los de Milán, al principio se negaron a ir al hospital. La epidemia acabó con el comercio y se produjo gran carestía. San Carlos agotó sus recursos para ayudar a los enfermos y contrajo grandes deudas. Llegó a transformar en vestidos para los pobres los toldos y doseles de colores que colgaban del palacio episcopal hasta la catedral, durante las procesiones. El santo asistió personalmente a los enfermos, a los moribundos y a los necesitados. Al terminar la epidemia (1578) decidió reorganizar el capítulo de la catedral con vida en comunidad. Como los canónigos no aceptaron, San Carlos fundó sus Oblatos.

San Carlos dio la primera comunión a San Luis Gonzaga s.j. a los doce años. Sus numerosos viajes afectaron su salud. Había reducido las horas de sueño y el Papa le recomendó que aflojara el ayuno cuaresmal.

El santo fue enviado a Suiza como visitador apostólico. En 1584 su salud empeoró. Hizo su retiro anual con un jesuita. Antes había predicho que viviría poco. En efecto, el 24 de octubre se sintió enfermo y el 29 partió a Milán, llegando el día de difuntos (2 de noviembre). La víspera había celebrado su última misa en Arona, su ciudad natal. Una vez en cama, pidió los últimos sacramentos “inmediatamente” y los recibió de manos del arcipreste de su catedral.

El 4 de noviembre murió apaciblemente a los 46 años de edad. La devoción al santo cardenal se propagó rápidamente. En 1601 el cardenal Baronio, que le llamó “un segundo Ambrosio”, mandó al clero de Milán una orden del Papa Clemente VII para que, en el aniversario de la muerte del arzobispo, no celebraran Misa de Réquiem, sino una misa solemne. Fue canonizado por Paulo V 1610. San Carlos Barromeo comparte con San Ambrosio de Milán el patronazgo de nuestro seminario habanero.

## CONCLUSIÓN

La vida de San Carlos nos muestra que la Iglesia santa es también pecadora, pero también que los pecados de sus miembros son superados por la santidad de los mismos.

También nos enseña con sus ejemplos la importancia de la caridad que debemos hacia el prójimo, especialmente a los enfermos y necesitados. Asimismo la necesidad de ser evangelizadores como actividad esencial de los cristianos. Ω